

RESEÑAS

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, *La epopeya castellana a través de la literatura española*. Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires-México, 1946. 248 págs.

Por primera vez aparece ahora el texto español del precioso libro publicado en 1910 según la traducción francesa de Henri Mérimée. En esta obra resumió Menéndez Pidal los resultados de sus quince primeros años de investigaciones sobre la epopeya española. Urgía entonces dar resonancia internacional al hecho de que la literatura española había poseído una producción épica autóctona mucho más rica y prolongada que cuanto Milá conocía en 1874. Milá había asentado que la *Crónica General* comenzada por Alfonso X prosificaba relatos épicos cuyos asuntos fueron cantados más tarde en el Romancero; pero como ignoraba las crónicas procedentes de la alfonsí, en las cuales se prosifican poemas nuevos y refundiciones de los antiguos, no llegó a establecer la continuidad entre los cantares de gesta y los romances. La existencia de esas reelaboraciones intermedias y de tal continuidad había sido el primer gran descubrimiento de Menéndez Pidal¹. Urgía también que quienes estudiaban la épica de otros países, especialmente la francesa, tuvieran noticia de que la labor juglaresca de constante refundición estaba comprobada en nuestra literatura por el testimonio irrefutable de las crónicas, y que podía constituir un principio de validez general. Todo ello debió influir probablemente para que *L'épopée castillane* viera la luz en francés; pero el lector hispano y los hispanistas de cualquier nacionalidad deploraban, como ya hizo J. D. Fitz Gerald en 1911², no disfrutar del texto original. Felicitémonos de tenerlo al fin, en espera de ver la más extensa *Historia de la epopeya española* cuya aparición anuncia el autor.

La edición actual está puesta al día, incorporando en buena parte el fruto de trabajos posteriores. Así el adjetivo "nacional", aplicado a la poesía épica en la redacción de 1910 para evitar la calificación de "popular", es sustituido por "tradicional", con arreglo al nuevo y fecundo concepto que Menéndez Pidal ha introducido en la teoría literaria (pág. 15, nota); la llamada *e* paragógica recibe explicación histórica adecuada (pág. 18, nota); el nacimiento del *Mainet* se sitúa en Toledo, como obra de un francés vecindado allí (págs. 34-35); y se corroboran con nuevos datos la antigüedad de las más viejas gestas castellanas, la existencia de un primitivo *Cantar de Zamora* fuertemente

¹ *La leyenda de los Infantes de Lara*, 1896; *Notas sobre el romancero del Conde Fernán González*, en *Homenaje a Menéndez Pelayo*, 1899, vol. I, págs. 429-509.

² *RRQ*, II, págs. 100-101.

antileonés y la historicidad del *Cantar de Mio Cid* (págs. 20, 70, 101). Hay dos adiciones del mayor interés: una, que amplía el párrafo "Cómo se forma un romance viejo" (págs. 125-126), precisa en qué consiste la participación del "pueblo" en la recreación y transformación de los romances; otra (págs. 139-140) fija cuáles fueron las relaciones de mutua influencia entre dos elementos esenciales en el Romancero: los romances que derivan de cantares de gesta fragmentados o resumidos, y las baladas, el nuevo género épico-lírico que surgió en Europa entre los siglos XIV y XV.

Pocas veces se dará en la historia de los estudios literarios una obra que a los casi cuarenta años de su publicación siga vigente y haya podido reeditarse sin apenas rectificaciones³. Nada prueba mejor la prudencia y solidez de su contenido. Al tiempo que aparecía *L'épopée castillane*, Bédier lanzaba los últimos volúmenes de *Les légendes épiques*, donde parecía anular definitivamente las teorías que hasta entonces habían dominado sobre el origen y desarrollo de la épica romance: las *chansons de geste* —afirmaba Bédier— habían aparecido a fines del siglo XI al calor de recuerdos conservados en los monasterios, sin tradición anterior de poesía vulgar. Deslumbrado por la habilidad dialéctica y la demoledora ironía de Bédier, Ferdinand Lot⁴ se asombraba de que Menéndez Pidal y Gaston Paris creyeran posible la existencia de un cantar de gesta sobre los Infantes de Lara en el siglo X, y estimaba que suponer una primera redacción sin la venganza final era desconocer las leyes del género literario. Años más tarde el mismo Lot atacaba en sus fundamentos la doctrina de Bédier y demostraba que las *chansons* más viejas, entre ellas las de *Roland* y *Guillaume*, no habían brotado del ambiente monástico ni de las peregrinaciones: "Il ne nous reste —hélas— d'autre alternative que reprendre le chemin qui ramène à la vieille théorie de la transmission de siècle en siècle"⁵. Después Robert Fawtier ha afirmado que hubo una *Chanson de Roland*

³ Dos reparos que apuntó Morley en 1911 (*MLN*, XXVI, págs. 52-54) hubieran podido tenerse en cuenta, de acuerdo con trabajos posteriores de Menéndez Pidal: el que León tuviera un fondo de población ibérico es hoy más que discutible, en vista de los recientes estudios —algunos de Menéndez Pidal— que han demostrado la existencia de estratos ilirio-ligures y célticos en tierras leonesas. Las semejanzas entre la leyenda de Walter de Aquitania y el romance de Gaiferos no implican que en éste se perpetúe una tradición épica visigoda sin solución de continuidad, ya que la leyenda de Walter pudo entrar en España en época tardía. Menéndez Pidal ha dado a conocer un caso que podría ser idéntico: los romances de don Bueso derivan claramente del *Kudrun*, pero el asunto del poema germánico no debió difundirse en España hasta el final de la Edad Media (*RFÉ*, XX, 1933). Los relieves de Santa María la Real de Sangüesa (ilustración de la pág. 24 de *La épopeya castellana*) demuestran que en el siglo XII era conocida allí la saga de los Nibelungos; pero Sangüesa estaba en una de las rutas de la peregrinación a Compostela, en el camino que, prolongando la Vía Tolosana, entraba en la Península por Som Port y se unía en Puente la Reina con el procedente de Roncesvalles; por Sangüesa, pues, pasarían muchos de los alemanes y flamencos que se dirigían al santuario de "Herru Sanctiagu", y ellos pudieron difundir el asunto de los Nibelungos.

⁴ *Ro*, XLII, 1916, pág. 596, nota.

⁵ *Études sur les légendes épiques françaises*, en *Ro*, LII-LIV, 1926-1928. Cito del vol. LIII, 1927, pág. 473.

en el siglo x, y, al igual que Benedetto, defiende la continuidad de una tradición juglaresca desde el siglo ix⁶. Fawtier y Wilmotte creen posible que el episodio de Baligant, la segunda venganza en el *Roland* de Oxford, sea una añadidura ajena al primitivo *Roland*⁷. Lástima que quienes combaten la tesis de Bédier en Francia no hayan encontrado una explicación satisfactoria para el nacimiento de la épica: Fawtier vuelve a la caducada hipótesis de las cantilenas épico-líricas; Pauthilet proclama que “il y a eu des *Chansons de Roland* avant la nôtre”, pero sitúa el origen de la epopeya francesa en la poesía latina glorificadora de Carlomagno⁸. No hubieran ganado poco los estudios de ambos investigadores si hubiesen conocido y aceptado la doctrina de Milá y de Menéndez Pidal, para quienes la épica es en su origen poesía informativa, no canción épico-lírica, y es creada y transmitida por juglares en lengua vulgar.

En contraste con lo ocurrido a la construcción de Bédier, brillante, pero resquebrajada pronto, la de Menéndez Pidal se ha reafirmado con cuanto los últimos decenios han ido sacando a luz: el hallazgo del *Roncesvalles* vino a corroborar la irregularidad del verso épico español; una noticia del historiador árabe Ibn Hayyán descubría la prisión de unos embajadores castellanos por Alhákem II en tiempo y circunstancias que coinciden con el cautiverio de Gonzalo Gustioz; los documentos notariales de los siglos x y xi, con sus alternancias del tipo *segare-segar*, *tale-tal*, y con sus ultracorrecciones como *matode* ‘mató’, *stane* ‘están’, *fórone* ‘fueron’, *alfoze* ‘alfoz’, brindaban la explicación definitiva para la conservación de la *e* final latina y la adición de una *e* paragógica en las rimas de los poemas épicos. Con ello proporcionaban un nuevo argumento en favor de la originaria independencia de nuestra poesía heroica, que hubo de empezar a ser cultivada cuando *matode* o *fórone* eran fenómenos vivos en el habla, es decir, antes de que la influencia literaria francesa alcanzara intensidad. Por último, diplomas y testimonios desconocidos antes han hecho saber que pertenecieron a la realidad histórica personajes cidianos secundarios como Galin Garciaz, el moro Abengalbón o Diego Téllez. Lo que era hipotético aparece comprobado.

Y no se ha limitado al campo de la investigación la cosecha recogida por el maestro: dos notas añadidas al texto de *La epopeya castellana* hablan de cómo en los últimos tiempos ha crecido el conocimiento del auténtico Romancero viejo y de cómo la tradición épico-romancística ha seguido inspirando a poetas y dramaturgos. Lo que no se nos dice allí es que esa difusión y ese refflorecimiento se deben, en parte esencialísima, a la honda influencia que ha ejercido en toda la vida cultural española la obra entera de Menéndez Pidal, emperador de la barba florida en nuestra historia y nuestras letras.

RAFAEL LAPESA

Universidad de Madrid.

⁶ FAWTIER, *La Chanson de Roland, Étude historique*, Paris, 1933; LUIGI FOSCOLO BENEDETTO, *L'epopea di Roncisvalle*, Firenze, 1941.

⁷ FAWTIER, *ob. cit.*, págs. 56-61; M. WILMOTTE, *L'épopée française. Origine et élaboration*, 1939, pág. 168.

⁸ *Ro*, LIX, 1933, págs. 161-198.